

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 pts
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00
 Extranjero . . . 1'50

LA SEMANA GLORIOSA

El próximo lunes hará seis años que el pueblo catalán, en un magnífico gesto humanitario se alzó en formidable protesta, que a las pocas horas de iniciada tomó el carácter de revolución, contra la guerra.

Jamás se presentará ocasión más oportuna para traer a la memoria tan fausta fecha.

La guerra de Marruecos fué la ocasión que se presentó para que el pueblo se manifestara violentamente contra la guerra, no sólo contra la de Marruecos, sino contra todas las guerras.

Secundado fué aquel movimiento y eficazmente ayudado por los trabajadores que militaban en los partidos republicanos y los jefes de éstos no escatimaron el aplauso a sus correligionarios, llegando a calificar justamente, en el Congreso y en los municipios, de gloriosa la semana del 26 de julio al 2 de agosto.

Y aquel movimiento fué, sin que dejara lugar a dudas, respondiendo a la convicción que tiene el pueblo de que en la actualidad las guerras, ni responden a los intereses de la patria, ni se hacen siquiera por vengar supuestos ultrajes al decoro nacional.

Más tarde, en agosto de 1911 y ante el temor de que se promoviera la guerra europea, el proletariado internacional organizó una campaña, en la que sus delegados, tanto alemanes, como italianos, franceses, holandeses y españoles, proclamaron bien alto que la guerra europea, si se llegaba a ella, sólo obedecía a combinaciones de la alta banca internacional.

¿Qué ha ocurrido, de entonces a ahora, para pretender achacar a otras causas la actual conflagración europea?

Si el movimiento del 26 de julio de 1909 fué realmente contra la guerra, ¿qué factores intervienen en la actualidad para que parte de los que entonces gritaron ¡abajo la guerra! griten ahora viva la guerra? ¿A qué móviles obedecen los que tan altivamente calificaron de glorioso

aquel movimiento, al proclamar en estos momentos la conveniencia o necesidad de que otras naciones se sumen a la horrorosa matanza?

Lo esencial de la semana de julio fué su carácter antimilitarista; pero la parte sentimental, la que dió más fuerza a aquellos sucesos fué la orden de incorporación de los reservistas al ejército de operaciones y el pensar que dejaban abandonadas a sus esposas e hijos. ¿Por qué ahora se pretende que la contienda adquiera aún mayores proporciones, y no se quiere tener en cuenta que en esta guerra son en mayor número todavía las mujeres y los niños abandonados?

¿Tenían razón o no la tenían los revolucionarios catalanes del 1909? Mientras no se niegue que aquel movimiento fué justo y altamente humanitario no se puede pedir que el mismo pueblo que entonces se sublevó y los que después le aplaudieron clamen por intervenir en la actual hecatombe.

Y no salgan ahora con la necesidad de imponer la civilización a los pueblos bárbaros, pues si esto se sostiene ahora, habrá que sostener también que fué justa la cruel intervención europea en Asia y la conquista de Marruecos por Francia y España, y en este caso los intelectuales que antes censuraron y ahora aplauden darán una idea muy pobre de su mentalidad.

Afortunadamente el pueblo español está dando un alto ejemplo de convicción y de poseer ideas propias no dejándose seducir por los aventureros de la política y de la banca, y a no ser por los necios desplantes de los reaccionarios, estamos seguros de que ningún trabajador, milite en la escuela o partido que quiera, haría ni secundaria acto alguno que no tuviera por objeto imponer la paz.

El pueblo español, ante el actual conflicto europeo, es el mismo pueblo de la semana gloriosa ante el conflicto de Marruecos: enemigo de la guerra, de todas las guerras.

camino de las querellas internacionales, el militarismo y el imperialismo.

Nosotros pedimos particularmente a los trabajadores de América que se opongan resueltamente a la guerra y a toda agitación por la guerra, ejerciendo todo su poder, porque es nuestra clase la que paga el horrible costo de la guerra, sin recibir ninguna recompensa. Si, trabajadores, somos nosotros los que damos el gran contingente para el campo de batalla; somos los trabajadores la carne de cañón; somos los soldados que dan sus miembros, su sangre y sus vidas en esta insensata disputa de sus amos.

Proclamemos de una manera que no deje lugar a duda, nuestra resuelta determinación: que no se levante el brazo de un trabajador para asesinar a un compañero de otro país: que ningún obrero trabaje para producir armamentos ni municiones de guerra.

¡Abajo la guerra! Adelante la paz internacional, y la solidaridad de todos los trabajadores del mundo.

La razón y el sentimiento

Sin gran erudición para apoyarnos en los hechos de la historia y no impulsados en modo alguno por la sugestión que en los sentimentales produce la heroicidad de algunos hombres, hemos de sentar con criterio claro, el más razonable que esté a nuestro alcance intelectual, que el sentimiento, tal como viene desarrollándose en el transcurso de la humanidad, no ha producido más que desastres individuales o colectivos.

Nada más lejos de nuestro ánimo que pretender matar la vivacidad de los que son capaces de sentir el entusiasmo pasional entregándose a toda suerte de acciones generosas, pero si abrigamos en nuestra modesta condición de críticos el deseo de demostrar que la razón, en su traducción matemática, en su aplicación científica y experimental es superior a las excentricidades más o menos sublimes de los individuos que, sin cálculo ni medida, se lanzan a la implantación de su idiosincrasia particular obedeciendo los dictados de su propio temperamento.

Cada uno ve en su interior las grandes acciones de modo diferente y las juzga bajo la influencia de su sentir. Así, no es extraño que la unidad de criterio esté lejos todavía de establecerse como principio de justicia excelsa inapelable.

Muy hermoso sin duda el gesto de todos los mártires o esforzados luchadores que han dejado perenne recuerdo de sus hazañas gloriosas, despertando el optimismo de los que les veneran o les imitan, pero las consecuencias no han sido satisfactorias al sentir general, desde el momento que a todo resurgimiento precede una decadencia, y a toda acción una reacción. Este es el efecto inevitable del choque de sentimientos opuestos, la falta de armonía entre lo que los cerebros piensan y los corazones ejecutan. Y tiene que ser así fatalmente mientras la educación de la infancia se apoye en dogmas, en creencias, en ideas determinadas para hacer neófitos o adeptos y no para desarrollar capacidades libres.

Las matemáticas no pueden conducir al pesimismo enervante ni al optimismo falaz, sino que dan la noción exacta de la realidad, y en todo caso, nos parece preferible saber apreciar ésta en su justo valor que no lanzarse a las elucubraciones metafísicas de lo indemostrable, que tiene por norma la infinita variabilidad del sentimiento.

Tenemos un alto concepto de las matemáticas y rechazamos esa mezquina idea de la aritmética, que sirve para establecer el derecho de unos pocos en detrimento de los más o para especular en el indigno comercio que divide a la humanidad en engañadores y engañados. Si bien esta aritmética es parte elemental de las matemáticas, no por eso deja de ser en la práctica de las injusticias sociales un *modus*

vivendi, o mejor todavía, la aplicación que vulgarmente se conoce con el nombre significativo de *gramática parda*.

Las matemáticas puras no dejan ningún término problemático. Especifican y anotan todas las incógnitas y pretenden resolverlas en beneficio de todas las capacidades grandes o pequeñas. Por sus teoremas analíticos y demostrativos y por sus apogemas de alta significación universal, las matemáticas son la sublime ciencia de la vida, y las que emancipan lentamente a la razón humana de los groseros errores atávicos, las que permanecen invariables en sus principios y sobrepujan en su gran dominio las mayores genialidades de que es capaz el sentimiento. Ellas nos dan la exactitud del descubrimiento en todas las fases del saber y si el sentimiento las cohibe y las impide extender sus beneficios sobre la tierra no por eso dejan de ser el jalón inagotable en que la humanidad ha de hallar su perfeccionamiento.

Todas las aplicaciones científicas, todas las demostraciones tangibles marcan el dominio de la razón, y aunque ésta sea

posterior al sentimiento, es éste el que deberá supeditarse si ha de llegar el fin de las contiendas humanas.

Ya sabemos que aún no nos hemos emancipado de la influencia ancestral, que todavía somos hijos del sentimiento, que tenemos lejano el horizonte de la frialdad razonadora y que por tanto se sucederán las bondades y los crímenes con una persistencia dolorosa, marchando la humanidad de tumbo en tumbo. El orgullo, la vanidad, la insuficiencia científica o matemática serán los grilletes que por largo tiempo impedirán una franca evolución inteligente. Comprendiéndolo así no podemos menos de trabajar por la educación de los sentimientos y por lo mismo ensalzamos al pínaculo de la verdad comprobada la idea matemática.

Sirva esta premisa para hacer constar que tan absurdo es pretender formar individuos acéfalos como querer matar en ellos el corazón, que hasta la fecha viene dominando y esclavizando desgraciadamente los destinos de nuestra especie.

COSTA-ISCAR

¡PERDIDOS!

Y no se olvide que los que toman un sendero equivocado, fácilmente se pierden o van a parar en el campo enemigo.—INTER NOS (Cultura Obrera.—Número 103, 3 de abril 1915).

Tenia que suceder. Los que, ante la conflagración europea, llamándose anarquistas, pretendieron llevarnos al lado de un núcleo de los beligerantes, van cortándose ellos mismos las alas idealísticas que les permitían pasar por arriba del fango burgués sin atascarse, y, clavados en él, sirven de tornavoz en el hemiciclo do se representa la gran ópera burguesa guerrera. Nos repiten los epítetos que ha poco todavía herían sus oídos: «Místicos que viven en la luna; ¡siempre fanáticos! beatos del anarquismo, orientación abominable para mayor alegría de los jesuitas; juguete de los clericales; ¡eterna reencarnación del espíritu religioso!» y así por el estilo. ¿Dónde está el Malato dulce, razonador, que tanto amaba a los anarquistas españoles precisamente porque reuníamos la condición de ser idealistas y prácticos al mismo tiempo (que ya entonces discutíamos con Grave y Kropotkin, por parecernos, a nosotros y a Malato, que pecaban de poco practicistas) que conocimos hace veinte años? Y ¿por qué esas injurias? Por no creer «que la espantosa guerra que conmueve el mundo», cambie en algo la base fundamental en que se asienta el régimen dominante: por creer que tras la guerra, no importa como quede reformado el mapa de Europa, el problema social o humano, quedará en iguales condiciones que antes. En fin, por no creer (como afirma *El Porvenir del Obrero*, de Mahón), que «la suerte del mundo está pendiente del resultado de esta guerra, que representará el término de una edad histórica del principio de otra, cuyo carácter será de libertad y progreso si triunfan los pueblos revolucionarios (Francia e Inglaterra) y de autoridad, gerarquía y militarismo si triunfan los imperios...» y que «En lo social, todo lo que se hizo anterior a la guerra, nuestras luchas, nuestros programas, nuestros proyectos, todo pertenece ya al pasado (confesión más paladina de que no se es más lo que se fué, no pudo hacerse, notamos nosotros), como productos de unas circunstancias que no se han de repetir. Después de la guerra, las condiciones de vida de los pueblos ya no serán las mismas que fueron...»

¡Y nos llaman ilusos, soñadores a nosotros! Seámoslo por un momento. Aceptemos lo imposible. Los Gobiernos de Francia, Inglaterra, Rusia e Italia pelean, o hacen pelear, para acabar con el militarismo, para establecer los Estados Unidos de Europa. El triunfo de los aliados será el de la democracia. No quedará más un imperio en Europa. No sólo en Alemania y Austria se proclamará la república, si que también el Czar abdicará devolviendo al pueblo los poderes usurpados. ¿Se pueden

soñar más imposibles? Pues queremos creer que Inglaterra no querrá ser más reina de los mares, reduciendo al mínimo su flota y que liberará todas sus colonias, imitando ese bello ejemplo las demás naciones. ¿Pueden soñarse otros imposibles todavía? Soñemos que no quedará resquemor alguno entre las diversas nacionalidades, que todas estarán satisfechas con el nuevo reparto hecho del mundo...

Ya más no es posible soñar, y sin embargo ¿en qué habrá cambiado el problema quedando en pie la propiedad individual y los Gobiernos para salvaguardarla? ¿No ambicionarán, entonces como ahora, los capitalistas, contra todo derecho y razón, acumular para sí la mayor riqueza social posible, mediante el uso y el abuso del poder que da la posesión del capital? ¿Tal ambición no traerá aparejada, a más de la terrible lucha entre el capital y el trabajo, el afán de extender el dominio ultra las fronteras? ¿Los Gobiernos no seguirán siendo los fieles servidores del capitalismo? ¿A los trabajadores, a más de explotarlos villanamente, no se buscará por todos los medios tenerlos sumidos en la ignorancia y ahorrados a la servidumbre? ¿No resultará que para emanciparnos, y aun sólo para mejorar, moral y materialmente, tendremos que contar sólo con nuestro propio esfuerzo y realmente no gozaremos de más libertad, ni de más bienestar que del que sepamos hacer valer a despecho de los antojos de nuestros naturales enemigos, los burgueses de todas layas? ¿Acaso aquí, en Norte América, no se disfruta desde hace más de cien años de esa *edad histórica* que se supone empezará en Europa tras el triunfo de los aliados (y en mejores condiciones de allí porque a más de no contar con aristocracia alguna de la sangre, ni con Iglesia nacional, y con una Constitución liberalísima, y con lo que vale más que todo, una educación a esperar todo de uno mismo no de los Gobiernos, se dispone de un inmenso territorio, casi virgen, rico en minas, en producción, en todo) y, con todo, el problema social, el problema humano, no ha sido puesto y se sostiene en los mismos términos que en la vieja y gastada Europa? Vinimos aquí atraídos por sus decantadas formas políticas y su bienestar económico y no tuvimos que corregir en un ápice ni nuestros fines, ni nuestras tácticas; reafirmamos nuestras aspiraciones políticas, religiosas y económicas y también nuestros métodos para realizarlas. Continuamos siendo ateos, socialistas y anarquistas, y nos encontramos con nacidos aquí, que jamás habían estado bajo un régimen monárquico o imperial, que pensaban y obraban exactamente lo mismo que nosotros;

El socialismo americano contra la guerra

Dos acuerdos contra la guerra se adoptaron por el Comité del Partido Socialista Nacional en la reciente Asamblea de Chicago. Uno se llamó Manifiesto contra la guerra y Proclama de paz del Partido Socialista de América, tratando del punto de vista internacional de la guerra. El otro fué una proclama al pueblo de los Estados Unidos, tratando de llamar la atención sobre las condiciones de este país.

He aquí la proclama: «Ciudadanos: La insidiosa propaganda del militarismo americano ha recibido un poderoso ímpetu, por la destrucción de las vidas americanas en el «Lusitania», como resultado de las operaciones de guerra en Europa.

La prensa jacobina o amarilla de este país, hace prodigiosos esfuerzos por convertir el grito de natural indignación de este pueblo, en salvaje rugido de venganza. Los patriotas imprevisores y los militaristas profesionales, están inflamando el sentimiento y cegando la razón de sus compatriotas con apelaciones a la vanidad nacional.

Las siniestras influencias del grupo que se beneficia con la destrucción y venta de

los armamentos, trabaja de mil modos ocultos para estimular el sentimiento bélico, que para ellos significa negocios, ganancias y especulaciones. En esta hora suprema de crisis nacional, el Partido Socialista de los Estados Unidos levanta su voz en vibrante y solemne protesta contra esta peligrosa y criminal agitación, y se proclama en absoluta oposición al militarismo y la guerra.

Ningún desastre, por espantoso y aterrador que sea; ningún crimen, por abominable y repugnante, justifica el asesinato de las naciones y la devastación de los pueblos. La destrucción de los pueblos, la destrucción del «Lusitania» y la muerte de centenares de pacíficos indefensos, hombres, mujeres y niños, nos hace comprender más claramente el infernal salvajismo de la guerra, y debía inspirarnos más fuerte determinación que nunca, de mantener la paz y la civilización a toda costa.

Los grandes armamentos y preparativos militares, irresistibles e inevitablemente precipitan la guerra, como el trágico ejemplo de las naciones europeas lo ha demostrado. Nosotros llamamos al pueblo de los Estados Unidos, para que se fije y aproveche esta lección de nuestros infortunados hermanos del otro lado de los mares y combata toda la obra de los que intentan arrastrar a este país por el peligroso